

## Las Formaciones Cenobitas

- San Benito, precursor de monasterios.
- San Bernardo, sus reformas, su ideal cenobítico.
- Los caballeros templarios, primera orden de caballería cristiana.
- El ocaso de la caballería de la mano de Isabel la Católica.

Cuando San Benito escribe y confecciona la regla que regirá sus monasterios, sabe positivamente que en ellos van a entrar más hombres de armas que hombres de campo, algunos ricos pero no demasiados y sobre todo muchos hijos de nobles y de guerreros; San Benito sabe que el monasterio es un "cenobio"; más también es una "acies";, esto es una milicia.

Con ésta idea dentro suyo, el promotor monástico requiere del futuro monje la paciencia, la obediencia, la vigilancia sobre sí mismo, la disciplina, el espíritu de cuerpo y la voluntad de permanencia en el campo espiritual a pesar de las dificultades.

Los voluntarios que se presentaban ante el abad Benito, procedían todos de una sociedad cruel, despiadada con el débil, cuya norma era la violencia y que odiaba a los tiranos y a los poderosos por igual.

A todos esos aspirantes Benito les propone un lema, máxima aspiración suya para educar a su discipulado: Pax. La "pax romana"; que se fundamenta no en la sumisión por las armas sino en la aceptación de la obediencia a los otros y fundamentalmente en la humildad que Cristo enseñó a sus seguidores.

La obediencia y la humildad producen otra virtud, opuesta a la codicia y a la prepotencia, que es la paupertas Christi, que es la aceptación de una condición humana redimida y salvada por la gracia y no por el poder del dinero.

Todo esto muchos años más tarde lo va a resumir y exponer en forma admirable Bernardo de Claraval en su Alabanza de la nueva Milicia.

El ideal monástico fue admirablemente lanzado y le cupo luego a los iniciadores del Cister adecuar esta verdadera escuela de caridad y formación espiritual a los hombres rudos y labriegos cargados de buena voluntad pero a quienes era menester dotarlos de dosis mínimas de urbanidad para la convivencia en el cenobio y la labor a desempeñar en su conjunto.

Otra labor del monasterio, estaba dada en su función de escuela formadora y protectora de vástagos nobles, abreviando, lo monástico era un centro de atracción para ricos y pobres. Así el monasterio se hace rico y sus riquezas se transforman en que todos se sienten bendecidos y colmados en sus necesidades.

El ámbito vital de los monjes es la "Jerusalén celeste"; que brilla por doquier en los monasterios preciosos, en sus códices, en sus capiteles ornamentados y en las reliquias de santos y mártires recubiertas de oro y plata.

Y surgen así los monjes del "nuevo monasterio"; que se hacen "rústicos"; dando si se quiere la espalda a la burguesía y a las intromisiones por parte de la nobleza, a los poderosos de la Iglesia y de la política, pero sin despreciarlos, simplemente marcándoles su lugar. Como? Veremos que los cistercienses transforman su rusticidad en una pobreza que encarnan en un fino humanismo.

Vemos que laicos, clérigos y otros, lanzan furibundas acusaciones a ese Cister que rompe todos los moldes. No se acepta que un noble medieval se entregue a tareas propias de la servidumbre, destinadas a los ignorantes de las masas incultas. Pero los cistercienses demuestran que no es el tipo de trabajo lo que dignifica al hombre sino que es la calidad de la persona que dignifica al trabajo, como bien se cuida de expresar Bernardo en una carta suya dirigida al abad inglés de su misma orden, Elredo de Rieval.

La cuadratura del claustro cisterciense, como las construcciones cuadradas y sólidas de los templarios, constituye el mismísimo molde en el cuál el adepto entra con la finalidad de hacerse monje a efectos de convertirse, reformarse, edificarse y también espiritualizarse.

Concluyendo, el cister en su camino a la reforma rompió con la práctica habitual de los cluniacenses de recibir niños oblatos (además de adultos) pues simplemente no lo consideró oportuno para el tipo de monasterio al que apuntaba con miras a futuro. En los claustros cistercienses, contrariamente a lo que se acostumbrara en una época anterior donde la formación cultural, la educación, las copias de textos, lo que se ha dado a llamar el scriptorium cumplían tareas primordiales y formativas, no se enseñarían de ahora en mas las humanidades ni habría maestros a efectos de cultivar las letras.

Los ingresantes serían ahora hombres adultos con un pasado a sus espaldas y todos ellos buscadores de un tipo nuevo de escuela: la del servicio del Señor y la de la Caridad. Esta diferencia, fue la marca antagónica más notable entre los monasterios blancos en relación a los cluniacenses.

En ocasión en que San Bernardo llega a París y cosecha un rotundo fracaso en sus escuelas teológicas, se da perfecta cuenta de que él mismo está acostumbrado a tratar con hombres hechos y caballeros curtidos y no con estudiantes imberbes y bullangueros.

Pero llega Calixto al papado. Un hombre que hacía medio siglo que no había pisado un monasterio. Contrariamente a sus antecesores quienes habían sido cluniacenses o de otros monasterios similares, éste Pontífice se lanza a la tarea de rebajar la influencia de las instituciones monásticas. Calixto piensa que esos imperios benedictinos obstaculizan de algún modo el poder de los obispos, y entonces, la nueva iglesia que se intenta reconstruir en adelante estará basada en el episcopado. Mientras los nobles, los caballeros de linaje, los clérigos cultos buscan un lugar en las emergentes

ciudades con sus escuelas, catedrales, palacios y cortes, los cistercienses se sumergen en el universo de los bosques, de los trabajos, de la conversión a Dios y de la caridad para con todos.

Es esa afinidad con los hombres toscos y de armas, pero de firme voluntad al servicio de las nobles causas, lo que de alguna manera lleva a San Bernardo a apoyar a esa milicia en ciernes que sería luego la templaria. Y quien escribe, hermana templaria, cree que su firmeza a efectos de predicar la Cruzada, no sólo fue a instancias del papa de turno y su famoso &ldquo;Dios lo quiere&rdquo;, sino pensando asimismo en la noble tarea que estaba imponiendo sobre los hombros de los hombres una vez torpes e incultos a los cuales hubo dado acogida en sus claustros y dignificado mediante el trabajo fecundo y la oración.

Tenemos a un hombre proverbial a quien toda la Europa feudal reconocía como a una de las mentes más preclaras y brillantes al servicio de la cristiandad, apoyando con firmeza el ideal de la cruzada y poniendo su fe en aquellos que no tenían más nada que perder excepto ellos mismos. Es también cierto que el Santo hombre tenía dentro de esas milicias a familiares y nobles de su amistad, pero la esencia de la dignificación en lo que para él constituía la tarea más noble (aquella al servicio del Señor y de sus Santos Lugares) de tan magna empresa, estaba puesta en los guerreros sin destino.

Así, a través de casi doscientos años de epopeya templaria, vemos que van surgiendo órdenes militares un poco aquí y allá, preponderando en número las asentadas en la península ibérica. Bien al servicio de su señor feudal, de un ideal, de lo que constituyó su participación incesante en la lucha contra los moros invasores en la Iberia, ellas, estas órdenes, cumplieron un papel de relevancia.

Para no cansar al lector, no las nombraremos nada más que en su conjunto. Pero los tiempos cambian y las políticas tienden a ser susceptibles de reformas de acuerdo a las necesidades imperantes de un período de tiempo determinado.

Así, si bien el Temple ya había sido destituido por el propio papa Clemente y por el rey Felipe IV, en España y Portugal las órdenes de caballería siguieron cumpliendo su rol hasta los mismos umbrales de la reconquista española.

La necesidad de un ejército nacional, que respondiera exclusivamente a sus monarcas y rechazara unánimemente a un posible invasor (en momentos de consolidación de Isabel de Castilla apodada &ldquo;la católica&rdquo; como soberana española) dio por finalizado el rol de las diferentes órdenes caballerescas y propició el nacimiento de una consolidación de las diferentes áreas sujetas de allí en mas a la corona, con la consiguiente pérdida de poder de los señoríos regionales.

Mary-Su Sarlat

Fuentes consultadas: Rev. Cistercium, El Cister y las Ordenes Militares. Historia Universal.